

LOS GIGANTES DE TADEO: 150 AÑOS Y MÁS

Miguel de SANTOANDIA

Medalla de Oro de Pamplona, en la conmemoración del 150 aniversario de la carta que Tadeo Amorena envió al ayuntamiento y, sin imaginarlo entonces, a la historia de la ciudad

Por ser “el fiel reflejo del espíritu festivo de nuestra ciudad y del carácter universal de nuestras fiestas”; por su “excelente trayectoria” y también “por el respeto, el cariño y la admiración que despiertan entre pamploneses y visitantes...”. Por ese argumento, y algunos más, el Ayuntamiento de Pamplona, presidido por la alcaldesa Yolanda Barcina, aprobó en sesión plenaria celebrada el 20 de noviembre de 2009 la concesión de la Medalla de Oro a la Comparsa de Gigantes y Cabezudos.

El asunto quedó aprobado sin que fuera sometido a un debate previo entre los distintos concejales y grupos políticos. No había nada que debatir. La unanimidad flotaba en el salón. En su representación ciudadana, los concejales aprobaban lo que sin duda sentía la ciudad: que los Gigantes fueron, son y serán el fiel reflejo del espíritu festivo de Pamplona y

del carácter universal de nuestras fiestas. Y había que adoptar el acuerdo ya para entregar la medalla nueve días después, en la festividad de San Saturnino, que para mayor celebración caía en domingo. El 150 aniversario de los Gigantes comenzaba con un mes de adelanto y en un día tan señalado para la gloria de ellos, de los Gigantes, tan vistosos, y de quienes los bailan, que no se ven. Luego vino lo del Teatro Gayarre, el chupinazo consistorial, un año entero de homenaje que Pamplona rendía a sus majestades festivas y, de alguna manera, se hacía a sí misma por haber mantenido también el espíritu festivo y el carácter universal.

E L BUEN TADEO

Los vecinos que habíamos pasado por varias edades de la vida viendo pasar entre bailes y aplausos a los Gigantes, tuvimos la oportunidad de asistir en directo al 150 aniversario. Llegamos a tiempo a esa edad de la vida. Fue entonces, pero siglo y medio antes, cuanto Tadeo Amorena, el buen Tadeo, es-cibió la carta al ayuntamiento y, sin saberlo, a la historia. Corría el año 1860. Pamplona sumaba 25.000





La comparsa de Pamplona al completo. Foto Jorge Urdánoz.

habitantes. Al anochecer cerraban con llave los seis portales de las murallas, aunque en la Rochapea más lejana se levantaba ya una estación para la llegada del ferrocarril.

El 31 de marzo de aquel año Tadeo Amorena, "maestro pintor, becino de Pamplona" (es copia literal) cogió papel y pluma y "con el debido respeto", junto con la necesaria determinación, suplicó a V. S. "se sirva tener en consideración lo propuesto y determinar lo que tenga por conbeniente". Claridad y concisión la del señor Amorena: lo propuesto era la construcción de unos gigantes; lo "conbeniente" para el ayuntamiento, aceptar la oferta y preparar la libranza del importe de la factura, más de 4.000 reales de vellón. Todo por escrito. Transparencia absoluta en el expediente administrativo.

En la conmemoración de los 150 años de los Gigantes, era como si el maestro pintor Tadeo Amorena le hubiera enviado aquella carta de marzo de 1860 a la alcaldesa Barcina de 2009, solicitando la concesión de la Medalla de Oro que, efectivamente, le iban a conceder en las vísperas ya de 2010. "Ace algún tiempo -exponía Tadeo en su propuesta del XIX- formé la idea de presentar un proyecto para la construcción de unos jigantes nuevos". Ya los veía bailando por las calles de la Navarrería, el burgo de San Cernin y la población de San Nicolás, unidas ya desde el privilegio legislativo del buen rey Carlos III el Noble.

Tenían que ser "sumamente lijeros (...) con una solidez a prueba, sin embargo, de la sencillez de sus armazones". Tenían que ser, igualmente, unas figuras nobles (...) cuyos personajes podrán representar las cuatro partes del mundo". Y de ahí la chufra cariñosa de Ignacio Baleztena: "Por lo que veo, des-

conocía el buen Tadeo la Oceanía".

Cuatro parejas o cinco; blancos, negros o cobrizos; con uve o con be, Pamplona abrió los brazos al mundo con sus gigantescas figuras. No cabe mayor alarde de universalidad e integración. Pompeyo hubiera respaldado la propuesta. Desde siempre, Pamplona asume la diversidad de gentes y culturas. Se diría hoy que aquellos gigantes del siglo XIX adoptaron la historia de la ciudad, imprimieron carácter y serían, a su gigantesca manera, otro testimonio de la Pamplona actual, que transita en cabeza por los nuevos tiempos sin olvidar los tiempos del pasado. El tiempo de los Gigantes, por ejemplo. Ninguna otra cosa podía representar la Medalla de Oro, además del agradecimiento a la Comparsa. Tadeo Amorena supo estar en el momento preciso de marzo de 1860 para que 150 años después, en el preciso momento de noviembre de 2009, la ciudad festejara el cumpleaños por adelantado.

AS COMPARSAS

L Homenaje a Tadeo con el agradecimiento a la Comparsa. Por supuesto. Y con mayúscula. Cuando Mari Ganuza -51 años entonces, mozopeña del Muthiko- recibió el encargo de Yolanda Barcina de tirar el cohete el 6 de julio de 2010, la Comparsa estaba formada por 98 componentes. Haciendo cuentas salen la tira de ciudadanos herederos del legado de Tadeo Amorena. Según contaba Ganuza, cada día de fiestas participan 66 personas. Los bailan, los cuidan, los miman. ¡Ay, si tras dar las vueltas de final del baile nos lo dejan a cámara lenta sobre la calle! Un golpe puede repercutir en toda la estructura. Cuidado, mucho cuidado al dejar -mejor depositar- las cabezas de los kilikis en el suelo. Ganuza no olvidaba

Firmas en fiestas

cuando se cayó el rey negro en Descalzos y quedó decapitado. Terrible. En medio de todo, era el 14 de julio (de 1994) y le sometieron a un tratamiento de urgencia para aguantar hasta casa.

Buenos son los Gigantes por dentro, los de carne y hueso, los que tienen un poco más crudo llegar a cumplir 150 años. Empiezan a hablar de lo suyo y no paran. Yo tuve la ocasión de escucharles en una mesa redonda, por la tarde, y si por ellos hubiera sido, nos dan las horas de Sabina. Y si hubiera sido por el público, también. Aquel día -ya da lo mismo la fecha- Mari Ganuza, Ángel Larumbe y José Manuel Álbeniz fueron como la Enciclopedia Británica, pero en español y con una sola entrada: *Comparsa de Gigantes y Cabezudos de Pamplona*. Lo saben todo y encima lo cuentan como si todo el personal compartiera la historia.

A ver; ¿cómo que no saben por qué bailan en la Estafeta, a la altura de los números 9 y 11 de la calle? ¿De verdad que no lo saben? Pues porque en bajeras de esa zona de la calle tenía Tadeo Amorena su taller de carpintería. Los Gigantes no podían pasar de largo. Es igualmente cierto, y generalmente desconocido, que la Comparsa recuerda en la misma Estafeta a una anciana que cada año, sin faltar nunca, salía al balcón de su primer piso para aplaudir el baile de los reyes de la fiesta. Y aplaudiendo en su balcón estaba, tal vez con más empeño todavía que en su lejana juventud, cuando pasó a la otra vida. No lo olvidan las cuatro parejas reales que cada año, y aquella fatídica mañana también, saludaban a su fiel seguidora, cara a cara, a la misma altura del primer piso donde les esperaba.

Todos los que bailan los Gigantes son iguales, si bien ellos mismos reconocen que algunos fueron y son más iguales que otros. Para suerte del conjunto. Puro reconocimiento. Pedro Trinidad, por ejemplo, que fue el primero en rematar el baile dando vueltas como una peonza. O Viguiristi, otro de los históricos, del



¡Caravinagre!

que contaron, para evitar solemnidades en el recordatorio, que se llevó un disgusto al sufrir una caída lateral, al parecer sin precedentes. Veinte, treinta años bailando la fiesta de los gigantes a cuestas.

Pero cuando les preguntamos a quién entre todos colocarían en lo más alto del pódium del recuerdo citaron a Javier Echeverría, virtuoso txistu, gitano de la Cuenca, que tocó para los Gigantes y con los Gigantes durante cincuenta Sanfermines y le daba a un raro ejemplar de tamboril guardado hoy en el Archivo Municipal.

¿Y de los kilikis, qué? ¡Ah, los kilikis! Esa sí que es otra historia. Cabezudos y zaldikos dan la talla de los Gigantes y tienen su propia historia al margen, pero inseparable, de la obra de Tadeo Amorena. Alguno, como Caravinagre, se ha subido más de una vez a los carteles aupado por el voto. A los pamploneses -vaya usted a saber el porqué- nos encanta esa cara de mala leche. Cada kiliki tiene su personalidad y su apodo. Conocen su papel y su lugar en el cortejo. Sin envidias. Después de todo, son ellos y nos los Gigantes, los que se asoman al balcón consistorial, hacen un mimo a la criatura después de asustarle y bailan luego con la mamá. ■



Cabezudos de Pamplona.
Foto Jorge Urdániz.